

si bien la sociedad actuó de manera independiente frente a la situación antihigiénica, también lo es que fungieron como receptores del proyecto político e hicieron una lectura diferenciada de él. Incluso puede afirmarse que entre ambas propuestas se establecieron diálogos, tensiones y enfrentamientos (p. 156).

Finalmente en el último capítulo, "La recepción del proyecto sanitario", se analiza el recibimiento y reacción ante las políticas sanitarias. El autor dirige su atención a los congresos sanitarios y a los eventos académicos que se constituyeron en foros que buscaron la forma de prevenir y controlar los brotes epidémicos, además de que en ellos se discutieron los avances científicos en estas materias. Tales reuniones científicas plantearon el establecimiento de normas, códigos sanitarios, reglamentos y circulares que normaran los brotes epidémicos en las áreas urbanas y en las costas de la región, lo que implicaría la redefinición del espacio urbano. Se muestra cómo el grupo de médicos, abogados e ingenieros fue el encargado de diseñar y llevar a la práctica las diversas propuestas higiénico-sanitarias que buscaban el saneamiento de la región, imperativo para ingresar con paso firme a la modernidad del desarrollo capitalista. En este sentido, en la región del Alto Caribe se firmaron tratados de navegación y de sanidad tendientes a controlar la circulación marítima, con la intención de evitar la propagación de enfermedades y su impacto negativo en el desarrollo económico de la región. La reglamentación sanitaria se constituyó en un reflejo de las políticas comerciales y diplomáticas, así como del desarrollo de la medicina experimentada en los países objeto de estudio.

En suma, el libro reseñado es una importante contribución a la historiografía contemporánea, que se vuelve consulta obligada para los estudiosos de la compleja realidad caribeña.

María del Rosario Rodríguez Díaz  
UMSNH/INSTITUTO MORA

Raymond B. Craib, *Cartographic Mexico. A History of State Fixations and Fugitive Landscapes*, Duke University Press, Durham y Londres, 2004, 300 pp.

He aquí un libro que viene a llenar de manera importante uno de los grandes vacíos en la historiografía sobre la construcción cartográfica del México moderno. Como dice el propio autor, no se trata de una historia de mapas. Es una historia de procesos, de aquellos procesos históricos y sociales que condicionan la creación de imágenes como los mapas. Raymond Craib fundamenta su estudio en documentos de archivos nacionales, regionales y locales, para contar al lector historias diversas sobre enredados y accidentados proyectos de exploración, agrimensura y mapeo en el estado de Veracruz durante el siglo XIX y principios del XX. Si bien la narrativa y su materia resultan de lo más interesante, lo que desde mi punto de vista le da gran valor al texto es la forma magistral en que el señor Craib lleva la complicación de lo anecdótico al nivel de reflexión analítica y teórica, sin la cual sería difícil comprender las estrategias territoriales del Estado moderno en consolidación. Y esas estrategias, siempre enfocadas al control del espacio geográfico, implican necesariamente definir, contar, nombrar y cartografiar la realidad.

Para los gobiernos del México independiente, la importancia práctica de la representación cartográfica del territorio era la de la integración del mismo, basada en un principio básico de “fijación o estabilidad universal” del espacio, como se define en el libro. Después, de la representación cartográfica nacional también se desprendía una importancia simbólica en términos de identidad y de soberanía.

La tarea cartográfica no era ni de lejos sencilla, ni dependía estrictamente de posibilidades técnicas y voluntad política. En la práctica, los esfuerzos del Estado por ordenar y controlar el espacio, fijando líneas, nombres y propiedades en el papel, se enfrentaron a muchos niveles de actuación y de poder, a intereses creados, a conflictos agrarios y a reivindicaciones históricas preservadas en la memoria colectiva. De hecho, los mapas fueron “armas potentes” en la guerra que fue la historia espacial de México durante la consolidación del Estado liberal y la del de la pos-revolución.

El libro hace su recorrido empezando por los proyectos cartográficos de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y con el trabajo de Antonio García Cubas, insertando el análisis de esos primeros esfuerzos en una disertación sobre el papel de la geografía y la historia en la legitimación política del territorio y en la resolución de la “metafísica del nacionalismo”. La *Carta general de la república mexicana* y el *Atlas geográfico, estadístico e histórico de la república mexicana* son producto de un trabajo racional más que empírico, con un profundo contenido ideológico por el que asoman todos los “mitos” de fundación del Estado-nación. Una historia nacional sobre un espacio geográfico bien definido y representado;

una coherencia geográfica e histórica que justifica la existencia espacial y temporal de la nación mexicana.

Después, el trabajo se enfoca hacia el territorio de la sierra veracruzana, dejando en evidencia la gran paradoja entre el orden discursivo de los mapas y el “caos” en la realidad del paisaje. La obsesión estatal por fijar los límites de las divisiones territoriales, cuando el interés se centró en la privatización de las tierras agrícolas, desató los conflictos entre múltiples actores sociales. El problema no se reducía al enfrentamiento entre los *pueblos* con sus tierras comunales y el Estado; intervenían en el una miríada de intereses divergentes de actores diversos: autoridades federales, regionales y municipales; terratenientes y elites locales; pueblos y agrimensores, por no mencionar la contribución de las costumbres y las prácticas agrarias a ese intrincado panorama.

La ciencia y la abstracción técnica se enfrentaron conflictivamente a la memoria y a la experiencia social. Y es que, como dice Raymond Craib en una afortunada frase del libro, la división de tierras y la fijación de límites no podía ser un triunfo fácil de la geometría sobre la geografía, que ignorara los procesos sociales que producen el espacio y los mapas. El fracaso de la división de tierras de Veracruz, y seguramente del resto del territorio nacional, se manifiesta en el abismo entre la retórica del Estado y la práctica sobre el terreno.

El autor analiza el papel de los mapas como un reflejo de la lógica burocrática de un Estado de libre mercado. Los intentos estatales por delinear los límites espaciales en el mapa aparecían imprescindibles como paso previo a la división de tierras. También repasa Craib los procedimientos

en la contratación y el desempeño de topógrafos y agrimensores, así como su involucramiento en la política y los intereses federales o locales, estatales o privados en el ámbito de la sierra veracruzana. Y concluyente llega a la oposición y a la resistencia de los pueblos ante la división de tierras, no como una “resistencia indígena” homogénea e ideológica, sino más bien como respuestas concretas a procedimientos particulares en la implementación de la división, ancladas, eso sí, en una memoria histórica.

Sigue el estudio con la creación y el funcionamiento de la Comisión Geográfico-Exploradora, que demuestra que la labor cartográfica sistemática en manos de militares fue una pieza clave en el proceso de centralización del régimen de Porfirio Díaz. La Comisión inició sus trabajos prácticos en la zona de Puebla, Tlaxcala y Veracruz, no como resultado de una elección fortuita, sino en respuesta a la importancia político-administrativa, industrial y militar de la región, además, por tratarse de la geografía de fundación en la historiografía nacionalista. En el libro se habla de la producción de mapas, de litografías y fotografías, del rescate de las toponimias, de técnica y metodología, de las “travesías” de los encargados de la agrimensura y sus frutos en términos de conocimiento geográfico y control del territorio. Se hace un acercamiento al proceso de la división de tierras en manos de militares federales a través de la Comisión Geográfico-Exploradora en el estado de Sonora y en la región de Papantla; y se explica un caso de pleito por derechos del agua en el cañón de Zomelahuacán en Veracruz, en el cual los mapas sirvieron de argumentos justificativos para las partes en conflicto, y en el que se pone en

evidencia la importancia que la fijación de lugares y nombres en el mapa tenía para la legitimación del poder de las burocracias federales. Se analiza la expansión del ámbito de la Comisión en las últimas décadas del siglo XIX. Los mapas de la Comisión y el *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos de México* de García Cubas fueron usados como atractivo escaparate de un país ordenado, institucional y estable. El autor habla de los mapas como “metáforas visuales” del México porfirista; afirma, contundente, que la cartografía mexicana de ese tiempo se convirtió en la quinta esencia de la ciencia política.

En el último capítulo del trabajo Craib nos explica lo sucedido a raíz de la revolución de 1910, enfocando la forma en que los gobiernos posrevolucionarios abordaron el tema de la reforma agraria; la nueva imagen de los agrimensores como “la más concreta manifestación de una revolución en marcha”; su papel de mediadores a través de los cuales los campesinos “experimentaron” al nuevo Estado revolucionario; la lentitud del reparto agrario, su efectividad en el sexenio cardenista y sus dos vías: la restitución y la dotación de tierras. Una, la primera, blandía la reivindicación histórica, devolvía las tierras a las comunidades que desde tiempos inmemoriales tenían derecho sobre ella. Pero la restitución implicaba un camino intrincado de revisión de documentación antigua, a veces contradictoria, que contraponía la fijación de las líneas rectas y las formas geométricas de la dotación, a las líneas curvas de los mapas coloniales y la memoria histórica. Justamente, la dotación fue la vía favorecida con mucho por los gobiernos salidos de la revolución. A fin de cuentas, la dotación, acompañada de un mapa “definitivo”, se traducía en

un mecanismo de control para la burocracia agraria, a través del reacomodo espacial y social del campo. Si la restitución era reivindicación de derechos ancestrales, la dotación era una concesión graciosa del Estado revolucionario.

En su breve epílogo, el autor termina haciendo contemporánea la validez de las reflexiones anotadas a lo largo del libro; validez, dice él, fundada en las dimensiones históricas del territorio. La conflictividad de un espacio geográfico que se sigue debatiendo entre “el hecho y el derecho”, ahora a la luz de las reformas al artículo 27 constitucional y de nuevas formas de penetración estatal en el campo. El vaticinio es contundente: si la historia es un indicador, las nuevas “fijaciones espaciales” bien pueden acarrear las mismas dificultades para medir y cartografiar y, sobre todo, exacerbar los problemas antiguos de pobreza y represión política en el campo.

La lectura de este recién aparecido volumen es obligatoria para aquellos que estén interesados en la historia de la definición —o indefinición— espacial del México moderno. Pero la apasionante batalla sobre el territorio entre mapas, documentos, títulos, nombres, ayuntamientos, pueblos, hacendados, empresarios y burócratas, puede ser sugerente para cualquiera, y Raymond Craib la cuenta con excelente pluma.

Eulalia Ribera Carbó  
INSTITUTO MORA

Matthew Butler, *Popular Piety and Political Identity in Mexico's Cristero Rebellion: Mi-choacan, 1927-1929*, The British Academy/Oxford University Press, Gran Bretaña, 2004.

Si es cierto que la historia no se escribe sola ni decide por sí misma cuáles son las “grandes obras humanas” que debe registrar, sino que son los hombres quienes deciden la calidad y el destino de tales empresas colectivas; es decir, los que en última instancia determinan lo que es importante para la historiografía, no menos cierto es que, con mayor frecuencia de lo que se piensa, algunas “obras humanas” merecen la atención de una parte de sus protagonistas sólo con la intención de evitar su inscripción en la memoria social.

Éste fue el caso de la rebelión católica que se suscitó entre 1926 y 1929, cuya terminación oficial fue seguida, de un lado, por la obligación explícita que los jerarcas eclesiásticos impusieron sobre los ex combatientes de guardar silencio absoluto acerca del movimiento; y del otro, por el desdén de la historiografía académica, que vio en ese levantamiento sólo una asonada sin trascendencia que encabezaron curas intransigentes a cuyo llamado acudieron, ante todo, turbas de campesinos fanáticos.

Sin embargo, ni la imposición episcopal pudo acallar las voces de los que lucharon en el campo de batalla a favor de Cristo Rey, como tampoco el miope desdén académico oficial logró desviar permanentemente la atención de estudiosos que, con miras más amplias y profundas, incluyeron la rebelión cristera entre sus preocupaciones.

Como suele suceder en todo “nuevo” objeto de conocimiento que se aborda desde las ciencias sociales y humanas, los primeros acercamientos se ocupan de los aspectos más generales o más llamativos, y así preparan el camino a otros interesados que se aproximan al mismo objeto de estudio con el interés de acrecentar y